

PRESENTACIÓN DEL LIBRO DE H.C.F. MANSILLA, *UNA MIRADA CRÍTICA SOBRE EL INDIANISMO Y LA DESCOLONIZACIÓN*

Blithz Lozada Pereira

XIX Feria Internacional del Libro

La Paz, 6 de agosto de 2014

Mi profesor de postgrado, colega de las carreras de Filosofía y de Ciencia Política en la Universidad Mayor de San Andrés, y cófrade de la Academia Boliviana de la Lengua, don Hugo Celso Felipe Mansilla Ferret, me ha pedido cordialmente que realice un comentario a su último libro titulado *Una mirada crítica sobre el indianismo y la descolonización: El potencial conservador bajo el manto revolucionario*, texto que, por segunda vez, hoy se presenta; en esta ocasión en la más importante **Feria Internacional del Libro** de Bolivia.

Para mí es un honor que tan distinguido investigador, profesional, intelectual, escritor, crítico y docente universitario me haya solicitado comentar su último libro. Aunque solo he leído una parte de su abundante producción literaria consistente en más de cincuenta libros publicados en más de siete décadas de vida -dedicadas a publicar textos de invaluable calidad académica y científica de modo ininterrumpido- que el autor me haya solicitado escribir y leer mi opinión sobre sus ideas, es un halago a mi propia producción intelectual. Por esta razón, agradezco al Dr. Mansilla por permitirme estar aquí hoy, y poder exponer mis apreciaciones sobre su libro.

Creo que es pertinente que en el tiempo que dispongo, realce lo que para mí son las principales tesis filosóficas y políticas que desarrolla el Dr. Mansilla. Al respecto, debo enfatizar que en el sentido profundo de la filosofía clásica, su crítica refiere una normativa ética que pone en evidencia la necesidad de hacer consideraciones morales al analizar la ideología que justifica la acción gubernamental, y toda vez que se trate la cultura política prevaleciente en la sociedad. Pero, su producción logra siempre objetividad conceptual y rigor. Así, en esta como en otras obras, hace gala de una prosa impecable, un estilo de redacción claro, conciso, preciso y notablemente adecuado para referirse a situaciones y a objetos de estudio que, siendo polémicos, contienen una evidente y abstrusa complejidad.

Como en otros libros de su autoría que conozco -al menos los publicados en español- al tratar Mansilla el indianismo y la descolonización; recurre a autores de importancia mundial, a obras originales publicadas en distintos idiomas -especialmente en alemán- haciendo una lectura crítica de las fuentes que corresponden a quienes, son solo divulgadores y epígonos sin brillo de ideologías y lugares comunes de distinta procedencia. De este modo, el análisis del indianismo y la descolonización remite a referencias ilustrativas de autores y de contenidos clásicos, condensa valiosas teorías de creadores de concepciones de actualidad, y contrasta diseciones intelectuales con ideologías que el autor critica con detenimiento, como una tarea insoslayable que aparece como una obligación moral autoimpuesta.

La labor crítica que es cotidiana, extendida, valorada y sobre todo, leída en otros países; contextos que no son parte necesariamente del mundo civilizado altamente desarrollado; lamentablemente, rara vez se produce en nuestro medio intelectual. Por esta razón, lo que Mansilla realiza desde hace varias décadas, ostentando, además, una admirable valentía cuando se trata de exponer sus ideas sin tapujos; es, sin duda, excepcional. Esto es así, al grado de que el autor salvaguarda nuestra dignidad intelectual en un medio donde de forma alarmante, la producción teórica ha decaído ostensiblemente, abandonándose la crítica incisiva y dando lugar a que abunden torsiones, repeticiones y plagios ideológicos realizados en textos que, penosamente, expresan solo un cinismo inefable, la más desvergonzada ignorancia, zalamería y atrevimiento; y la carencia generalizada de indispensable rigor, científicidad y creatividad intelectual.

Si reparo en las tesis de Mansilla con la seriedad y exhaustividad que amerita su obra, me faltaría tiempo para agotar los dos temas del libro; tarea que, estoy seguro, realizará con gusto el lector interesado en la problemática. Por otra parte, siendo mi texto un comentario, querría también verter mi opinión sobre algunas aristas temáticas que tienen significativa importancia en nuestro medio académico, estando relacionadas con el libro.

Como indica el título, Mansilla vierte una mirada *crítica* sobre el indianismo y la descolonización; es decir, expone sus fundamentos y analiza el contenido de ambos conceptos, presentándolos con una evidente desvaloración de su potencial como factores de cambio a favor del país. Se trataría, apenas, de conceptos de una cultura de vida conservadora; esto es, contenidos tradicionales, convencionales y rutinarios que, peligrosamente, constituirían la base para asentar prácticas caudillistas, populistas y autoritarias. Por lo mismo, exigirían que sobre ellas se vierta agrias y meditadas críticas; en especial, respecto de la instrumentación política e ideológica que desde mediados de la década anterior, se produce intensiva y extensivamente en diversos contextos intelectuales de nuestro país.

Un aspecto sobresale de modo inequívoco: se refiere al cuestionamiento de la actitud obsecuente de quienes defienden ambas ideologías de forma extrema. Por una parte, estos impugnadores condenarían la civilización occidental reduciéndola a una larga secuela de características de poder que solo son verdaderas de modo parcial y sesgado. Por ejemplo, respecto de la colonización española, la tildan totalmente como pletórica de rasgos negativos: paternalista, dogmática, santurróna, superficial, expoliadora, memorística, autoritaria, retórica y culpable de etnocidio. Por otra parte, estos mismos “críticos” de Occidente, ante los productos de dicha civilización, particularmente frente a los modelos y estilos de consumo y ocio; se conducirían asumiéndolos como *caídos del cielo*. Tanto el indianismo como la descolonización constituirían discursos obsecuentes, alineados a posiciones de prosaica conveniencia; con alarmantes carencias teóricas, y una radical incomprensión de la historia; evidenciarían la intención oculta de desconocer el valor y el potencial de lo que la civilización occidental logró en el pasado, y que continúa realizando en el siglo XXI.

En el texto resuena un cuestionamiento moral: si los indianistas y los sustentadores de la descolonización fuesen consecuentes con su crítica extrema a la civilización occidental, no deberían incorporar en su estilo de vida cotidiana, nada en absoluto que proviniese de dicha civilización. En nuestro país, por ejemplo, no tendrían que hablar español y de forma radical, no deberían incluir a sus lenguas vernáculas, hispanismo, anglicismo, germanismo, galicismo o neologismo alguno que tuviese procedencia foránea o tenga origen greco-latino, negándose en consecuencia, a acceder a la ciencia y la comunicación universal. No tendrían que vestir ropas

que estén relacionadas con ningún traje confeccionado según las modas europeas o del hemisferio septentrional, incluyéndose las polleras de las indumentarias típicas de Castilla y Extremadura en los siglos XVI y XVII, tampoco deberían ostentar modelos que sean producto de diseñadores contemporáneos de alta o baja costura. Los *auténticos* indianistas y los *verdaderos* descolonizadores, consecuentes con su propio discurso radical, no tendrían que comer nada que suponga alimentos procesados industrialmente, productos cultivados con tecnología moderna; ni plato alguno o repostería que sea parte de la culinaria española (incluida la gastronomía infinita que desde la Edad Media hasta el siglo XVII, hizo gala de combinaciones increíbles de carnes, especias y frutas). El indianismo y la descolonización extremos y tomados en serio, prohibirían el uso de cualquier símbolo del imperialismo, la civilización industrial, el colonialismo y la globalización. Al respecto, téngase en cuenta la interminable lista de productos de la modernidad occidental, desde la bicicleta alemana hasta el automóvil y el avión estadounidenses, prolongándose la civilización tecnológica incluyendo a los satélites y las naves espaciales, las sondas interplanetarias y los recientes medios de transporte. Pero, siendo los logros tecnológicos y científicos, productos de Occidente que en el siglo XXI han conquistado el aire, la geografía terrena y subterránea, toda masa de agua estática y fluyente; además del espacio exterior y el ciberespacio, en verdad, resulta absurdo exigir a quienes se reclaman indianistas y que sustentarían la descolonización, que no aborden un avión, que no conduzcan ni se suban a un automóvil, o que tampoco usen cualquier vehículo que tenga ruedas. Su condena simbólica fundamentalista a la civilización occidental exigiría, por mínima coherencia, que rechacen los productos de dicha cultura material; sin embargo, dado que los aceptan e incorporan a sus vidas instantánea y extensivamente, su discurso cae en el descrédito desde el punto de vista de la consecuente obligación moral a la que daría lugar.

Así, la condena fundamentalista de Occidente no tiene sentido, como resulta absurdo negar a cualquier ser humano el derecho a acceder a los productos tecnológicos y científicos de la civilización occidental; productos que hoy día constituyen un legado patrimonial de la humanidad sin propiedad exclusiva. No obstante, al persistir tales discursos, la obsecuencia no repara en tener actitudes cínicas respecto de lo que la teoría debería imponer a la acción, también personalmente. La lista de trasgresiones teóricas es infinita porque, de otro modo, resultaría imposible la vida actual. Se trata de una nómina que abarcaría, además de los transportes, la tecnología industrial y el mercado; a la agroindustria y la ganadería de alto rendimiento; el vasto universo de las comunicaciones –desde el primer teléfono estadounidense hasta la más moderna telefonía celular- y los objetos de alta tecnología procedentes del desarrollo militar, por ejemplo, los vehículos para el transporte masivo, las computadoras, el Internet y los hornos de microondas.

Es absurdo negar a cualquier persona que, por un mínimo de coherencia con su discurso fundamentalista, esté prohibido de usar y disfrutar de los muebles, los libros, los equipos de imagen y sonido para el entretenimiento o la tecnología de impresión; es absurdo restringirle transitar por carreteras y vías planificadas según modelos occidentales, a habitar en ciudades y ambientes de arquitectura moderna, o a seguir pautas básicas de la vida urbana, según formas de organización racional, cumpliendo y reproduciendo el diseño de la vida actual que ha creado innumerables bienes culturales como patrimonio, en gran medida, de la civilización occidental. Por esto en el libro de Mansilla también resuena el imperativo de demandar a los sustentadores del rechazo a Occidente, que se abstengan de multiplicar los clichés ideológicos orientados a desconocer, devaluar o criticar en extremo a tal civilización, arguyendo de que lo

que Occidente hizo y sigue haciéndolo es deleznable totalmente. Es decir, la crítica del Dr. Felipe Mansilla es a la obsecuencia de quienes son consumidores compulsivos y sin límite de los bienes producidos por la civilización que condenan.

Esta, entiéndase bien, no es una apología a ultranza del industrialismo, la civilización tecnológica ni la sociedad de la ciencia y el conocimiento. En el libro de Mansilla se advierte que como buen crítico que él es, formado según las orientaciones de la Escuela de Frankfurt; es imprescindible criticar con igual o mayor acidez, las condiciones de los productos de la civilización occidental, en particular, la racionalidad instrumental de la inmediatez y las condiciones de poder que se satisficieron para alcanzar los logros. Pero, por esta misma razón, una diferencia epistemológicamente sustancial entre la sociedad moderna y las culturas tradicionales radica en que solo la civilización occidental y no las sociedades que reivindican lo propio como si fuese superior al legado global, motiva la *autocrítica*. Se trata de una diferencia sustantiva porque aquí radica la causa que explica la diferencia de desarrollo; es decir, el desenvolvimiento civilizatorio se ha dado, en gran medida, gracias al valor y el papel de la crítica, auspiciándose de manera intencional y consciente, el despliegue de la autocrítica moderna.

En efecto, desde su surgimiento, la civilización actual con contenido democrático, ha fomentado la autocrítica; ha protegido, promovido, valorado y sustentado que personas como Felipe Mansilla, sin reparos, sin eufemismos ni intenciones pedestres, sin ansias de procurar poder o dinero, critiquen a la sociedad y sus gobernantes. Porque la condición para el desarrollo, para la regulación y auto-corrección colectiva, la base para imponer cambios de marcha en los procesos emprendidos por las sociedades y los pueblos velando por y para sí mismos, laburando en búsqueda del bien común e integrando lo ajeno con lo propio, es el despliegue, sin censura y con una valoración extendida, de la crítica y la autocrítica. Por lo mismo, para esta labor, el trabajo de los intelectuales es insustituible y fundamental; al punto que cuanto más y mejor critiquen, sin ídolos intocables que aparezcan como personajes de brillante o diluida imagen, cuanta mayor acidez viertan con sus palabras diciendo lo que pocos quieren escuchar, desencantando el mundo, deplorando que los pueblos amen intensamente sus propias mentiras fundacionales; es que a tales críticos y no a los fanteoches de propaganda, la sociedad, en verdad, les debería otorgar el reconocimiento y admiración que se merecen, porque aparte de ser los mejores hombres, son los valientes visionarios del largo plazo y los autores intelectuales que desbrozan el futuro posible, instando a que la sociedad comience a forjarlo.

Por lo demás, es responsabilidad de los pueblos; es decir, de su grado de conciencia, educación, ilustración, cultura, altruismo e inteligencia; disponer de los medios sociales donde se fragüe la crítica para la construcción del futuro, sin ídolos sagrados, sin caudillos autoritarios intocables, sin regímenes totalitarios ni familias dinásticas encaramadas indefinidamente en el poder. De los pueblos depende los gobiernos que tengan, depende el futuro que tendrán y es su responsabilidad el contenido del implacable juicio de la historia que condenará o absolverá a sus líderes. La historia condena sin perdón ni redención, a quienes siendo protagonistas de procesos falaces y cínicos, son responsables de las oportunidades irremediabilmente perdidas.

En sentido contrario, tienen un sitio imperecedero y luminoso en los registros transparentes de la historia mundial, destacando por valores universalmente reconocidos, por ejemplo, Gandhi y Mandela. Se trata de dos líderes que vivieron realidades sociales sojuzgadas secularmente por procesos de colonialismo político efectivamente patente hasta el extremo del *apartheid*; ambos fueron luchadores íntegros en contra del colonialismo, capaces de conducir a sus pue-

blos por el camino de la victoria derrotando a los regímenes impuestos por el país colonialista por excelencia en la historia moderna de la humanidad: Inglaterra. Ambos fueron intelectuales formados y educados con lo mejor que ofrecía la propia colonia inglesa en cada contexto; ambos fueron hábiles para volcar su educación y visión política de su filosofía personal, para liberar y beneficiar a sus sociedades. De este modo, la historia ha consagrado a Mahatma Gandhi y su consecuencia existencial evidenciada en sus acciones, actitudes y manifestaciones contra el colonialismo inglés: llegó al extremo de hilar su propia ropa, de comer frugalmente los productos endémicos de su país, de rechazar todo medio de transporte y comunicación, de vivir en radical austeridad desvalorando con absoluta dignidad moral y eficacia política, el mundo colonial; inclusive hasta el punto de rechazar por convicciones religiosas profundas, los valores placenteros de la relaciones conyugales íntimas. Por su parte, Nelson Mandela fue capaz de abofetear moralmente a los ingleses haciendo que su país y su raza fuesen respetados por el mundo entero; tuvo la inteligencia para aplastar espiritualmente de manera ejemplar y definitiva la ideología del *apartheid*, y gracias a su visión plasmada en el discurso de reconciliación nacional, en la manifestación pública que perdonó también a sus carceleros por décadas de reclusión; gracias a su generosidad fruto de su admirable *ethos* personal –causa que motivó a que abandonara el poder cuando concluyó su mandato- fue posible que la sociedad sudafricana comience a enfrentar y capear los problemas, las cicatrices y el dolor secular ocasionados por la discriminación y el racismo. Así, el sitio de Mandela en la historia, universalmente reconocido, no es por el color de su piel, sino por su integridad moral, su inteligencia y generosidad, y porque de verdad y en serio, se constituyó en líder contra el colonialismo, conduciéndose moral e inteligentemente: dejó la Presidencia cuando debía hacerlo y fue capaz de establecer las bases para crear las condiciones para que, en contra de las argucias discursivas y las manipulaciones mediáticas, tanto los negros como los blancos de Sudáfrica aporten en la construcción del futuro expectable y posible de una sociedad tolerante, progresista e igualitaria.

A contrahío de la congruencia existencial anti-colonial de Gandhi y a contrahío del discurso de reconciliación de Mandela, el indianismo vernáculo y la descolonización nativa tienen, como otras corrientes ideológicas de izquierda que Mansilla desnuda y crítica, una visión dicotómica que presenta el agonismo de amigos contra enemigos, aliados contra opositores, adláteres contra críticos. Se trata de una visión de la realidad que apenas sirve como coartada discursiva para ocultar prosaicos intereses de sus propugnadores, por el poder y el dinero. Por lo demás, la obsecuencia de los indianistas radicales y de los “profesionales de la descolonización” como Mansilla los llama, no tendría límite. Históricamente apenas discurren una concepción infantil marcada por un maniqueísmo simplón, que presenta a la civilización occidental como “malvada” y “perversa”, en oposición al discurso pueril que presenta a la cultura tradicional de raíz indígena imaginada como “buena”, “sufrida” y victimizada, al grado de que la suma de sus desgracias y dolores, sería exclusivamente el efecto de la acción del *otro*. Se trata de una visión carente de autoestima y sin la energía para reponerse de la postración secular, construyendo el futuro mediante la inclusión e integración sistémica que aúne los aportes provenientes de la diversidad étnica y cultural.

Por su parte, la crítica científica a Occidente debe poner el dedo en la llaga, pero no puede hacerlo con un sesgo ideológico dirigido a la manipulación. Debe mostrar las contradicciones de la civilización, pero también sus logros; por ejemplo, debe criticar las armas de alta sofisticación y las tecnologías de exterminio racial, pero también valorar la posibilidad de resolver los problemas de la humanidad en actual crecimiento exponencial, problemas concernientes a

la demanda de alimentación, salud, educación e información que solo pueden enfrentarse con los recursos tecnológicos del presente. La crítica científica debe ser ecuánime, racional y moral desde el punto de vista teórico, impugnando la vigilancia intrusiva, el riesgo de producir conciencias automatizadas y rechazando el control que vulnera los derechos humanos; pero también debe valorar las chances que ofrecen, por ejemplo, el internet, las computadoras y los celulares globales. Debe focalizar como objeto de sus advertencias, el consumo compulsivo e inhumano representado en las tarjetas de crédito instantáneo y por el poder financiero ilusorio causante de la última crisis global; pero también debe fijar la necesidad y el valor de la educación racional, mesurada y liberadora; además de explicitar la importancia para cualquier país, de promover el talento, el ingenio, el trabajo individual y la creatividad. En fin, se trata de hacer de la crítica un instrumento que ataque las pulsiones animales de poder, los riesgos de la competencia capitalista salvaje, las consecuencias de la dominación sin límite y el deterioro ecológico; al tiempo que se explicitan las potencialidades de la sociedad industrial tecnológica, el despliegue moral de conocimiento científico y la inacabable tarea de generar procedimientos, servicios y bienes que sirvan a la humanidad en un marco de dignidad, crecimiento, educación, trabajo, respeto, libertad y realización. A contrahío de esta actitud crítica, científica y ética, los apologetas del indianismo y la descolonización, apenas incitarían a transitar con movimientos rutinarios y excesivos, por el camino hedonista del folklorismo inacabable y de la celebración ilimitada, convirtiendo por ejemplo a la educación, en otra ficción y pretexto para descarrilar los impulsos.

Los rumbos que Mansilla insinúa como crítica razonable a la civilización occidental, permiten asumir relativamente y con distancia, cierto sentido de la tarea de *descolonizar* la conciencia de los lastres pre-modernos. Los intelectuales deberían bregar por la discusión abierta, sin manipulación ni censura; por la construcción de la sociedad con efectiva libertad de expresión, asociación, organización y acción en el marco de la ley; por el respeto de la institucionalidad, los derechos humanos y el estado de derecho; por la prevalencia de la razón no instrumental, por la abominación de los impulsos aguijoneados por discursos que manipulan las acciones colectivas en defensa del autoritarismo, la irracionalidad y la violencia; deberían luchar contra el dogmatismo, la impostura y la obsecuencia. Solamente de esta forma será posible esperar que los grandes errores de la civilización occidental se reconduzcan y reconstituyan en el devenir de los procesos políticos y sociales. Solo así será posible enfrentar y superar los obstáculos para la pluralidad compleja y la tolerancia efectiva, resguardando el control mutuo del poder, los contrapesos de equilibrio, y la efectiva implementación de políticas que beneficien a dilatados grupos humanos.

En su libro, resuena el imperativo moral interpuesto por Mansilla, de que los intelectuales como visionarios del futuro, dejen de lado sus intereses y superen el estado de confusión en el que muchos se encuentran. Promuevan el desarrollo social, contribuyendo a la construcción de instituciones sólidas y demandando el respeto a la institucionalidad y el derecho; exijan que exista una efectiva separación de poderes del Estado, vociferen porque se precautele el ejercicio *pro tempore* del poder, y denuncien a quienes se pongan por encima de la ley. Los intelectuales deberían también exigir, según interpelación de Mansilla, que las entidades y los actores combatan de verdad a la corrupción, y no como hacen los políticos de turno, con argucias retóricas que no ofrecen ninguna credibilidad. Solo cuando se fríen peces gordos, mejor personajes venales del propio partido; solamente el momento cuando sea sincera la convocatoria a la conciliación y la redención colectiva como lo hizo Nelson Mandela; la insana promoción del

resentimiento y el rencor se transformará en un ejercicio auténtico de libertad y pluralismo. Solamente entonces la política dejara de ser lo que siempre ha sido, tanto en tiempos de las élites y las oligarquías, como en el turno de los líderes plebiscitarios de cualquier laya: el medio para realizar desde el poder, los propios y pedestres intereses, tanto del caudillo como de los adláteres y de las facciones que lo acompañan y promueven.

El imperativo moral de Felipe Mansilla resuena para que los intelectuales no se dobleguen ante el poder, desplieguen críticas inteligentes sin temor, que despierten a las colectividades tristemente amodorradas y descaminadas debido a la extensión de la anomia, la proliferación de la inercia y el conformismo, y por la preferencia por la astucia ventajista y los desvalores. Esta interpelación es más audible al descubrir la crítica de Mansilla que visualiza el contenido conservador del indianismo y del discurso de la descolonización, mostrándolos como ideologías que solo justifican el cambio de quienes reemplazan a los que ejercieron deplorablemente el poder, en los peores casos, con persecuciones políticas, ideológicas y personales; inclusive recurriendo al expediente de la flagrante violación de los derechos humanos universalmente reconocidos y defendidos hoy día.

Respecto del indianismo y la descolonización, Mansilla acepta, que, por ejemplo, el germen del discurso ecológico advertido en concepciones indígenas, es un valor que debería servir para orientar las políticas públicas de nuestro país. Otros aspectos teóricos como la solidaridad comunitaria, si no implicasen una intromisión en la privacidad de los ciudadanos, si no fuesen mecanismos de fisgoneo y control de la población, creando facciones proclives a la violencia; constituirían aspectos potencialmente valiosos para que, con estrategias individualistas, motiven el crecimiento personal.

Sobre la democracia compulsiva que obliga al consenso por cansancio, o las prácticas machistas y discriminatorias que no admiten la divergencia, acciones intolerantes con quienes piensan sin ser parte del rebaño manipulado por la propaganda; sobre lo que se hace contra el disenso, debería ser criticado acremente en el siglo XXI. Asimismo, debería ser objeto de crítica la práctica política deleznable de la cooptación y la persecución a quienes se resisten a los estímulos informales. Respecto de los primeros, según la lógica del poder, quedarían comprometidos a retribuir con pleitesía y sometimiento a sus regentes; en tal caso es evidente el contenido inmoral que exige no solo una crítica científica, sino también una condena ética.

Respecto del concepto de *identidad* criticado por el Dr. Mansilla, queda claro que ni el indigenismo radical ni el discurso de la descolonización como coartada ideológica, desarrollan una teoría expectable lógicamente sostenible. Se trata en ambos casos, de la *paradoja del mentiroso*, que en política, sin duda, ofrece pingües beneficios, sin que, por lo general, importen los efectos deplorables que produce. Al respecto, todavía es el mejor ejemplo el caso de la manipulación propagandística del nacionalsocialismo que desplaza la paradoja –consistente en presumir un ser inmóvil en la historia que habría devenido–, a expresiones crasas de etnocentrismo y racismo.

La única forma de evitar tales excesos es mediante la suposición de que las identidades sólidas y definitivas, en verdad, no existen. Todo es híbrido, todo es sincrético, todo es mezcla de legados y procesos culturales que también son anfibológicos, y que deben ser objeto de crítica. Tanto es necesario criticar varios contenidos del legado de la conquista y la colonización española, como es imprescindible criticar ciertas prácticas que la historia y la etnohistoria han

develado como constitutivas de la cosmovisión y práctica de los pueblos prehispánicos. Téngase en cuenta, por ejemplo, los sacrificios humanos entre los incas (la *capacocha*); el genocidio y la aculturación como forma de dominio político (el *mitimayazgo*), y el sometimiento a condición de servidores y esclavas a sectores numerosos de la población (el *yanaconazgo* y las ñustas del Sol). Contribuir a dejar de creer en los mitos y las mentiras fundadoras de identidades inventadas es la finalidad de la labor crítica, y por eso mismo, es imprescindible focalizar de manera implacable como lo hace el Dr. Mansilla, la atención del objeto de reflexión, tanto a la civilización occidental con todas sus contradicciones, errores y falencias; como en los flacos favores que las leyendas y los mitos proveen en torno al supuesto ser de los pueblos indígenas. Solo así será posible comprender la necesidad de construir teórica y racionalmente, un mundo mejor para nosotros mismos y para las generaciones a las que legaremos esta tierra, instituciones que deberían existir, y prácticas y principios de los que todavía carecemos.

En suma, siendo que las identidades se construyen en la dinámica de los procesos, debido a que las identidades se rehacen continuamente en un curso universal de aculturación y mestizaje; resulta absurdo proclamar el mundo pre-moderno como superior a la civilización occidental, sin prestar valor a los fundamentos filosóficos y sociales que han dado lugar a que los logros tecnológicos, científicos, médicos, logísticos e institucionales de la modernidad, se extiendan globalmente, siendo recibidos y empleados sin reparo en Bolivia; inclusive por los sustentadores radicales de corrientes indigenistas, indianistas, nacionalistas y teluristas. El reconocimiento mínimo y la congruencia básica de la teoría con la práctica, son el imperativo moral que Mansilla demanda; siendo también una obligación tener una pizca de autocrítica por la instrumentación que recurre al inventario de los agravios históricos y al dolor colectivo para desplegar discursos arcaístas con propósitos penosamente prosaicos, produciendo como efecto dominante, aplastar la autoestima, despremiar el espíritu crítico y científico, desvalorar lo individual y tener que soportar una irracionalidad organizativa interminable y una administración deficiente y obsecuente, que ha convertido en retórico el discurso de tolerancia a la pluralidad y divergencia. La crítica boliviana, científica y filosófica, debería darse como la despliega Hugo Celso Felipe Mansilla con maestría, siguiendo estos rumbos.

GRACIAS